

VIA CRUCIS

PEDRO FARNES

NOTAS PREVIAS

- * El material de este número lo presentamos ya en enero en vistas a preparar con tiempo las celebraciones de Cuaresma en las catequesis y colegios.
- * El conjunto de este material -Notas previas y celebración- aunque directamente se ha pensado para las catequesis y colegios, debidamente adaptado, podrán servir también para que en los monasterios se reflexione sobre el papel y las maneras cómo deben organizarse los actos personales de piedad para que ayuden a una mejor profundización de la liturgia.
- * Por lo que respecta a los niños es muy importante que en las catequesis se les dé no sólo nociones sobre la fe sino que se les abra también el espíritu a la oración. El Via crucis cuaresmal puede ser una buena ocasión para ello.
- * La participación en las celebraciones litúrgicas debe constituir ciertamente para los niños -y también para los adultos- la cima de su vida y de su oración cristianas. Los otros actos de piedad deben tender a preparar y prolongar las acciones litúrgicas en línea de lograr su debida interioridad. Demasiadas veces en efecto se insiste solo en la participación externa en la liturgia olvidando los matices de interioridad.
- * Los actos de piedad bien organizados constituyen un verdadero camino hacia unas celebraciones interiormente más activas y más vividas (Sacr. Conc. 13)
- * Estas celebraciones piadosas, por otra parte, al no ser «actos de la Iglesia» sino celebraciones «privadas», gozan de una mayor libertad y adaptabilidad que la liturgia. Es muy

pedagógico en este sentido que los niños capten como la liturgia no es propiedad de «ellos» -aunque ellos, junto con los demás cristianos participan en lo que es común- y que por este motivo está sometida a determinadas fijaciones mientras las devociones sí que son de «ellos» y por este motivo gozan de mayor libertad y adaptabilidad.

- * De los actos de piedad, en efecto, se exige únicamente la conformidad con la fe de la Iglesia de la que es garante el Obispo (por ello necesitan la licencia del mismo); de aquí que tengan un gran margen de adaptabilidad que no puede admitirse en las celebraciones litúrgicas.
- * Resulta, pues, importante velar por la equilibrada alternancia de «actos de piedad» y celebraciones litúrgicas, sobre todo para los niños, pues a veces ellos no captan algunos textos o gestos de la celebración y hay que evitar el riesgo de modificar las acciones litúrgicas según el criterio de quien las dirige (Cf. *§acr. Conc.* 22).
- * Entre los actos piadosos que mejor pueden conducir a una participación más espiritual e intensa en la liturgia cuaresmal tiene un especial contenido y una fuerte tradición el «Via Crucis».
- * El formulario que aquí presentamos intenta ser muy sobrio y sencillo en las ideas y usar de un vocabulario inteligible incluso a los pequeños, partiendo a veces de un cierto «sentimentalismo» pero *sin quedarse en el mismo* porque, si bien los niños captan con facilidad lo sentimental, hay que evitar que se queden únicamente en esta faceta.
- * Por lo que se refiere a las estaciones aunque éstas pueden variarse pensamos que es pedagógico que, de momento por lo menos, sean siempre las mismas (las semanas de Cuarema son pocas y los niños de hoy desconocen casi todo de Jesucristo); solo a base de repeticiones insistentes les queda *algo en la memoria (y en el corazón)*.
- * No es ciertamente necesario -ni muchas veces será aconsejable- hacer las 14 estaciones; aquí con todo las ofrecemos todas según el número tradicional pensando en que en algunos lugares están reproducidas en las paredes de la iglesia o de otros lugares. Para aquellos casos en que se reduzca su número aconsejamos omitir *siempre* algunas cuyo contenido es en cierta manera repetitivo, como indicamos en su propio lugar.
- * Los textos que ofrecemos son ciertamente un poco largos. Pero pensamos que las síntesis son menos abordables a los niños que las descripciones más completas. Además hay que evitar el riesgo de la mera narración y esforzarse por «introducir» realmente a los niños a la contemplación y al diálogo con Dios.

- * Para lograrlo cada paso del Via Crucis tiene como tres puntos: a) narración histórica (será lo que los niños captarán con mayor facilidad, pero que es insuficiente para iniciarlos en la oración); b) reflexión meditativa y c) diálogo con Dios.
- * Para despertar la atención y participación interior de los niños puede ser aconsejable que cada uno de los párrafos de cada estación -o por lo menos que el último, el que contiene una fórmula oracional- sea leído por un lector diverso. Se ha de evitar con todo que lean las estaciones niños a quienes no se les entiende bien; por ello pensamos que es mejor que los lectores sean siempre catequistas o personas mayores.

Introducción

Señor, tu dijiste una vez a tus amigos, los apóstoles: «Quien quiera ser discípulo mío, tome su cruz cada día y venga detrás de mí». Aquí vengo, pues, dispuesto a seguirte en tu camino. Te pido que me ayudes a acompañarte y a caminar luego contigo también cuando esté ya en casa, en el colegio o en la calle.

Yo sé que tomar la cruz quiere decir no sólo rezar un rato sino vivir luego como tu viviste, sufrir como tú sufriste y obedecer a Dios aunque me cueste como tú le obedeciste hasta morir en la cruz. Ayúdame, Señor, a hacerlo.

o bien:

Señor, ahora voy a recordar tu camino hacia el calvario. Este camino estuvo lleno de sufrimientos, pero te llevó al cielo donde ahora tu vives feliz cerca de tu Padre.

Ayúdame a seguirte en este rato que voy a recordar lo que tu hiciste para salvarme y haz que, al ver lo que tú sufriste porque me amas, sepa también yo caminar seriamente contigo y seguirte siempre aunque me cueste hasta al cielo llegar como tú.

Primera estación

JESUS ES CONDENADO A MUERTE

Jesús está ante Pilato. Sus enemigos le acusan de cosas que no ha hecho. Antes de comparecer ante Pilato ha estado durante toda la noche en la cárcel. Ahora está agotado. Los soldados le han insultado. Pedro, su amigo, le ha abandonado y ha dicho que ni siquiera le conocía. Y Jesús calla. Pilato, después de dudar, le condena a muerte.

Tú sabes, Jesús, que cuando la gente se burla de ti, cuando dicen que la Iglesia, o los sacerdotes, o la misa del domingo, o la catequesis, cosas todas que tú nos has dado para que seamos amigos tuyos, son tonterías... yo a veces te abandono, te dejo solo como lo hizo Pedro, digo que no me interesan.

Perdóname, Señor y haz que yo nunca te abandone, que nunca me avergüence de ser tu amigo, que nunca diga que no te conozco.

Segunda estación

JESUS CARGA CON LA CRUZ A CUESTAS

Jesús empieza su camino hacia el calvario cargado con la cruz. La cruz le pesa mucho. Sus espaldas están ensangrentadas y le duelen mucho.

Jesús acepta la cruz porque quiere. El es Dios y podría evitar este sufrimiento. Pero recibe la cruz pensando en mí, porque me ama, porque quiere darme ejemplo, porque desea salvarme. Jesús me da ejemplo de como yo también, si quiero ser su amigo, debo aceptar a veces cosas que no me gustan: aceptar que mis padres no me dejen hacer algo que deseo; estudiar cuando no tengo ganas, ser buen compañero de quienes me son antipáticos.

Ayúdame, Señor, a cargar con estas cruces que no me gustan pensando en ti y en los otros hombres que llevan cruces más pesadas que la mía: los pobres, los enfermos.

Tercera estación

JESUS CAE BAJO EL PESO DE LA CRUZ

Jesús no ha dormido en toda la noche, no ha comido nada desde la víspera, ha perdido mucha sangre cuando le azotaron. La cruz es muy pesada y él está terriblemente cansado. Por eso cae por tierra aplastado por el peso y por el dolor.

Pero más aún que el cansancio, más que el hambre, más que las heridas, a Jesús le pesa la carga de mis pecados. Le pone triste saber que los hombres no se acuerdan de Dios, que muchos sólo viven para pasarlo bien, para divertirse, para ganar dinero. Yo quizá también hice pesada la cruz de Jesús porque él estaba ya viendo lo que yo haría y, por mí culpa, al ver mis pecados, cae aplastado por el peso de la cruz.

Señor, enséñame a no hacer más pesada tu cruz con mis pecados, haz que, al mirarte como caes bajo la cruz, sepa arrepentirme de mis faltas y hacer el propósito de no hacer nunca que tu cruz te pese aún más.

Cuarta estación

JESUS ENCUENTRA A SU MADRE

Pedro abandonó a Jesús. Los demás apóstoles tuvieron también miedo y huyeron. María, en cambio, estaba esperando en una calle para ver como Jesús pasaba, para mirarle como subía al calvario; quiso estar cerca de él cuando todos se burlaban y se reían de Jesús. María fue valiente y estuvo junto a Jesús que sufría.

¿Pienso yo en los sufrimientos de María? Jesús se sintió consolado al verla. Jesús al ver a su madre debía decirle con su mirada llena de lágrimas: «Madre, he de sufrir así porque Dios, mi Padre, lo quiere, porque he de dar ejemplo a los demás, porque Dios quiere salvar, con mi muerte y resurrección, a todos los hombres. Y, si Dios lo quiere, tú como yo, Madre mía, también debes desearlo.

Oh Jesús, amigo mío: enséñame a ser valiente como María, dame fuerzas para que cuando todos se burlan de ti, cuando mis amigos me dejan solo cuando voy el domingo a misa, cuando se burlan de mí porque voy a catequesis, piense en María y, como ella, te mire y esté a tu lado.

Quinta estación

EL CIRENEO AYUDA A JESUS A LLEVAR LA CRUZ

Por unos instantes Jesús ha encontrado consuelo al ver cerca de él a su madre. Pero ahora tiene que continuar el camino. Los soldados, con crueldad, le fuerzan a que continúe el camino. Pero como tienen miedo al verlo tan débil y temen que no puedan llegar a crucificarlo como desean, por eso obligan a un hombre que pasaba por allí a que ayude a Jesús a llevar la cruz. Este hombre que se llamaba Cireneo, no quería ayudar a Jesús, pero los soldados le obligaron.

Jesús, tu ayudaste a muchos enfermos, diste la vista a muchos ciegos, la salud a muchos paralíticos; tú consolaste a los que lloraban y enseñaste a los que no sabían y ahora nadie quiere ayudarte, al Cireneo le han de obligar.

Ayúdame, Señor, a llevar también las cruces de los otros, a compadecerme de los que sufren. El Cireneo que te ayuda a llevar la cruz me hace pensar también en que hoy necesitas quien te ayude para que los hombres te conozcan. ¿No me pides a lo mejor a mí que te ayude siendo sacerdote? ¿O que ayude a otros a serlo para que tú llegues a ser conocido y amado por todos los hombres?

Sexta estación

LA VERONICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESUS

(Esta estación, que no es bíblica, puede suprimirse eventualmente.)

Pedro y los demás apóstoles se han ido alejando de Jesús. A su alrededor sólo queda gente que se burla de él. Pero inesperadamente una mujer valiente se le acerca y con un pañuelo de tela fina, le limpia la cara y le seca el sudor y la sangre.

Señor, la valentía de esta mujer me dice que yo debo ser también valiente. Que debo pensar en ti y venir a la iglesia aunque los compañeros no lo hagan, que debo ayudar a los que sufren, a los que son pobres o están enfermos, a los que me son antipáticos, como esta mujer valiente te ayudó a ti.

Jesús, enséñame a ser valiente, a no tener miedo de que se burlen de mí porque soy tu amigo, a pensar en los otros, a consolarlos, a ayudarlos. Que el ejemplo de la Verónica me ayude a amar a los que sufren.

Séptima estación

JESUS CAE POR SEGUNDA VEZ

(Esta estación puede omitirse pues la caída de Jesús ya se ha contemplado en la tercera estación)

La cruz pesa mucho sobre las débiles espaldas de Jesús. Tiene la cabeza muy dolorida con la corona de espinas. Desde que empezó su camino ha ido recibiendo burlas y latigazos. Todos están contra de él y vuelve a caer por tierra bajo el peso de la cruz.

Al mirar como Jesús cae por segunda vez debo pensar en como yo caigo también muchas veces a causa de mis pecados. Debo pensar que olvidarme de Jesús, no hacer lo que él espera de mí, no participar como él quiere en la misa de los domingos, hicieron que su cruz le pesara cada vez más y que volviera a caer.

Jesús, amigo mío: cuando tu caíste por segunda vez por tierra tenías muy pocas fuerzas pero con valentía, te levantaste. Querías seguir hasta el fin de tu camino, hasta morir en la cruz. Ayúdame para que cuando yo caiga por el pecado sepa también levantarme, confesarme y seguir, como tú, con valentía mi camino.

Octava estación

JESUS HABLA A LAS MUJERES DE JERUSALEM

Junto al camino por donde pasa Jesús hay un pequeño grupo de mujeres que le habían seguido cuando predicaba, que le quieren, que están tristes al ver como sufre. Cuando Jesús pasa junto a ellas las mira e incluso las consuela: «No lloréis por mí, les dice, llorad por vosotras y por vuestros hijos porque también ellos tendrán que sufrir».

Cuando pienso, Señor, que tú estás sufriendo, que casi no puedes aguantar, y que no obstante piensas más en los otros que en ti mismo me acuerdo que nos digiste: «Sed misericordiosos como vuestro padre es misericordioso».

Ayúdame, Señor, a no pensar siempre en mí, ayúdame a dame cuenta que también mis compañeros sufren y estan tristes, ayúdame a estar junto a ellos como tú estuviste junto a las mujeres que lloraban. Enséñanos a llorar por las desgracias que a veces no se ven, por los hombres que viven tristes porque son pobres o están enfermos o porque no te conocen a ti. Si te conocieran sabrían vivir contentos aunque sean pobres o estén enfermos.

Novena estación

JESUS CAE POR TERCERA VEZ

(Esta estación puede omitirse pues la caída de Jesús se ha contemplado ya en la tercera estación)

Jesús cada vez está más débil y cae nuevamente bajo el peso de la cruz. Está muy cansado y casi no tiene fuerzas. Pero a pesar de ello se levanta, vuelve a tomar la cruz y emprende la última etapa de su camino hacia el calvario.

En mi vida de discípulo de Jesús yo también caigo muchas veces, caigo cada vez que dejo de pensar en Jesús, que me olvido de pensar en él, que dejo de rezar y que, a lo mejor, ya no quiero ni tan solo levantarme, ni tengo deseos de continuar el camino que me lleva a Jesús.

Que mirar como tú te levantas para continuar el camino me ayude, oh Jesús, a levantarme también yo cada vez que caiga perdiendo las ganas de ser bueno. Que tu valentía me ayude a ser valiente y a levantarme siempre que haya dejado el camino que sigues tú.

Décima estación

JESUS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDOS

Los soldados quitan a Jesús los vestidos ensangrentados que llevaba. Se los arrancan y se abren nuevamente todas las heridas. Vuelve a salir sangre por todas partes. Los que antes le habían mirado como profeta, le habían aplaudido como mesías ahora lo contemplan humillado y escarnecido.

Para ser cristiano de verdad también yo a veces tendré que dejar muchas cosas que me gustan: tendré que dejar mis diversiones si mi deber es estudiar, o dejar a mis amigos cuando es el momento de ir el domingo a misa, o dejar mis juguetes a los demás cuando los querría sólo para mí.

Jesús, amigo mío, cuando me cueste dejar cosas que me gustan haz que piense que tu lo dejaste todo, incluso tus vestidos. Ayúdame también a pensar que al final de mi vida, para ir contigo al cielo, tendré antes que dejarlo todo, incluso lo que más quiero.

Undécima estación

CLAVAN A JESUS EN LA CRUZ

(Esta estación o la siguiente puede omitirse pues ambas tienen un significado bastante parecido)

Jesús ha llegado el fin de su camino. Descargan la cruz de sus hombros y la colocan en el suelo. A Jesús, que está desnudo, le mandan que se ponga sobre la cruz. Lo que va a pasar en este momento es horrible. Con fuertes martillazos y gruesos clavos le atraviesan las manos y los pies. El dolor es cada vez más fuerte. Ahora Jesús ya no podrá ni aliviar sus miembros porque ya no podrá ni moverse. Solo podrá sufrir.

También a mí me llegará un día en que la muerte estará muy cerca de mí, un día en que nadie, ni yo, ni mis familiares, ni mis amigos, ni el médico, podrán hacer ya nada por mí. Ciertamente no sufriré tanto como Jesús. Pero debo desear parecerme a Jesús que al acercarse su muerte sabía que en todo había hecho lo que su Padre quería.

Jesús mío: te pido que cuando esté ya muy cerca la hora de mi muerte te sienta cerca de mí. Que como tú, aunque sufra, sepa pensar que después de la muerte me espera una vida muy feliz, como tú la tienes después de tu resurrección.

Duodécima estación

JESUS MUERE EN LA CRUZ

(Esta estación puede omitirse si se ha hecho la anterior)

Jesús, clavado en la cruz, sufre horriblemente durante tres horas. En la cruz reza, habla con su Padre: le pide que perdone a los que le han condenado y clavado en la cruz, que reciba su alma en el cielo. También se acuerda de los hombres: al ladrón que estaba crucificado con él le promete el cielo, a su madre le da como hijo a su amigo Juan, a Juan le pide cuide de su madre.

Jesús ama de verdad a su Padre -y por ello habla con él- y a los hombres -por ello no se olvida de ellos-. Mirando a Jesús en la cruz debemos recordar cómo una vez dijo a sus discípulos que debían amar a Dios sobre todas las cosas; si le amamos rezaremos, como lo hizo él en la cruz, hablaremos muchas veces con nuestro Padre del cielo. Jesús dijo también que debíamos amar a los demás; rezando por los que tenía cerca de su cruz Jesús nos dio ejemplo de como amaba también a los hombres.

Jesús mío: ayúdame a ser como tú. Aunque sufra, aunque esté a veces triste, que nunca deje de rezar, que siempre sepa pensar en los demás como tú lo hiciste mientras sufrías clavado en la cruz.

Décima tercera estación

JESUS ES BAJADO DE LA CRUZ

(Esta estación puede omitirse si se hace la siguiente)

Jesús ha muerto y ya no sufrirá más. Lo bajan de la cruz y lo colocan en brazos de su madre, le limpian con cariño las heridas. Jesús ha muerto cuando aún era joven, tenía sólo treinta y tres años. Pero había aprovechado muy bien su vida en este mundo y ahora su alma feliz está ya con su Padre. Y pronto, muy pronto, también su cuerpo recobrará la vida.

La vida que vivimos ahora es bonita. Dios nos la da para que disfrutemos bien de ella. Pero, aunque sea más larga que la de Jesús, no durará siempre. Después de la muerte tendremos otra vida, una vida muy larga, una vida más bonita que la de ahora, una vida que nunca más terminará. ¿Pienso y me preparo para esta vida que ha de venir?

Ayúdame, Jesús, a pensar en la vida de después de la muerte. Haz que sepa decir a mis amigos que lloran porque se les ha muerto alguien, a los que no entienden que muera una persona joven como Jesús, que la vida de ahora no es la definitiva. Haz que los hombres piensen y crean en la vida eterna.

Décima cuarta estación

JESUS ES COLOCADO EN EL SEPULCRO

(Esta estación puede omitirse si se ha hecho la anterior)

Unos amigos de Jesús, José de Arimatea y Nicodemo, cuidan de su entierro. Le preparan una tumba nueva, compran perfumes y, junto con María y un grupo de mujeres amigas también de Jesús, colocan su cuerpo en el sepulcro.

Todo parece que se ha terminado. Así piensan a veces los hombres cuando alguien ha muerto: dicen que todo se ha terminado para él. Pero ésto no es verdad. Jesús nos ha dicho que, después de la muerte, hay otra vida. Y no sólo lo ha dicho sino que él mismo salió de la tumba y el domingo siguiente, por la mañana, empezó a aparecerse resucitado a sus amigos. Desde entonces los cristianos que creemos que Jesús resucitó, nos reunimos cada domingo para celebrar la resurrección de Jesús y dar gracias a Dios porque la vida no termina con el entierro.

Jesús mío, tú que saliste de la tumba en que te colocaron tus amigos y vives ahora para siempre, haz que los hombres no lloren demasiado cuando alguien se muere, haz que todos creamos en la vida eterna, ayúdanos a celebrar cada domingo con alegría la esperanza de la resurrección que nos prometiste.